

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ **SAMUEL RAMOS** ▶ **JORGE CUESTA**
▶ **ELSA CROSS** ▶ **ROSA KRAUZE**
▶ **ROBERTO HEREDIA** ▶ **MARGO GLANTZ**
▶ **JUAN GARZON BATES** ▶ **JOSE LUIS GONZALEZ**
▶ **ERNESTO SCHETTINO**
▶ **MIGUEL LEON-PORTILLA**
▶ **JOSE ANTONIO ROBLES**



**INFORME
SOBRE PROSTITUCION**

enero / 1980

THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año 1, Número 4
Enero / 1980**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: José Antonio Matesanz
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.
Diseño: Germán Montalvo

Indice

La tradición presente. Samuel Ramos 5
Notas de Estética

Elsa Cross 8
Poemas

Ernesto Schettino
Las concepciones de la historia en Grecia 11
y en Roma

Roberto Heredia
Educación, retórica y vida política. El "diálogo 23
sobre los oradores" de Tácito

Juan Garzón Bates 28
Presentación de Nietzsche

Margo Glantz 32
La suerte es color de rosa

José Luis González 33
Literatura e identidad nacional
en Puerto Rico

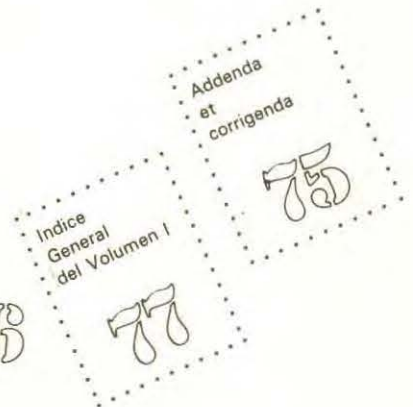
Miguel León - Portilla 46
Autonomía universitaria. Historia y
cultura en libertad

José Antonio Robles 49
Borges, Cantor y el eterno retorno

Documentos:

Jorge Cuesta. La tradición del nuevo régimen 56
Informe sobre prostitución en México, D. F. 1881 59

Rosa Krauze 65
La palabra y la piedra



Notas y Reseñas Mario Ruiz
Massieu. Filosofía de la historia americana de Leopoldo Zea.
Una glosa 69 **José Antonio Matesanz. Marcel Proust, sur-**
manierista 71 **Oscar Zorrilla. Calas mayores y menores** 73

ROBERTO HEREDIA

Educación, retórica y vida política. El “diálogo sobre los oradores” de Tácito

“**L**ibro áureo” llamó al *Diálogo sobre los oradores* Justo Lipsio, uno de sus primeros comentaristas, en el siglo XVI. Tal apreciación, recogida muy pronto, se ha venido repitiendo y comprobando con incesantes estudios hasta nuestros días.

Esta obra fue descubierta en un monasterio alemán a mediados del siglo XV. No se tenían entonces —ni se conocen ahora— noticias sobre ella transmitidas por autores antiguos. El manuscrito en que fue encontrada contenía, con mención explícita del autor —Cornelio Tácito—, la *Germania* y el *Agrícola* y, al parecer, sin este señalamiento preciso, *El diálogo sobre los oradores*. Este códice fue desmembrado muy pronto, y hoy está parcialmente perdido.

Primero se pensó que podía tratarse del escrito de Quintiliano *Sobre las causas de la corrupción de la elocuencia*, mencionado en la *Institución oratoria*. Tácito era conocido, o recordado, como historiador. Se ignoraba que había sido un orador brillantísimo. Parece natural que una obra como el *Diálogo sobre los oradores* no pudiera hermanarse fácilmente con los *Anales* y las *Historias*. Además, las expresiones equívocas o dubitativas de los primeros descriptores del códice, encontraban en esta opinión un fuerte apoyo para negar a Tácito la paternidad de la obra. Sin embargo, más que otro argumento, pesaba en favor de este parecer la gran diferencia de estilo que se advertía entre el *Diálogo* y las obras mayores de Tácito. Nada más alejado del fuerte sabor ciceroniano de aquél, de periodos amplios, ligados y simétricos, que la expresión concisa, asimétrica y un poco atormetada de los *Anales* y las *Historias*.

Por otra parte, el análisis minucioso de su expresión y el estudio de su pensamiento educativo, literario, histórico y político, llevaron pronto a la conclusión de que esta obra no podía ser fruto del ingenio de Quintiliano. No existe correspondencia entre el criterio expuesto en la *Institución Oratoria* y las ideas fundamentales que propugna el autor del *Diálogo*.

Se siguió buscándole padre. Algunos insistieron con nuevas razones en Quintiliano; otros mencionaron a Plinio el Joven, su discípulo, y amigo y admirador entusiasta de Tácito; se llegó a pensar también en Suetonio, contemporáneo de ambos, bastante más joven.

Al irse ahondando en el estudio del *Diálogo*, se ha destacado la consistencia de los puntos de vista que se sostienen, se han definido las ideas que propugna el autor y se ha valorado la destreza con que discuten los dialogantes. Es ya opinión común que los talentos de Quintiliano, Plinio y Suetonio no habrían sido capaces de elaborar una obra de la complejidad, perspicacia y tendencias del *Diálogo sobre los oradores*.

Ahora bien, los datos cronológicos que se han ido desprendiendo de la obra, se corresponden cada vez de modo más preciso con los de Tácito. Y se descubren o confirman coincidencias de léxico, de sintaxis, de opiniones y juicios entre el *Diálogo* y las obras ciertas del historiador. En resumen, se ha llegado a concluir que si Tácito no es el autor, habría que encontrar otro genio no sólo comparable a él por su formación, sus ideas y las cualidades de su talento, sino su contemporáneo en el más estricto sentido del término.

La discusión continúa. Se han propuesto otros posibles autores, pero la atribución a Tácito prevalece en el consenso general.

La convicción de que la oratoria había declinado fue sentir común en el siglo I del Imperio. El fenómeno inquietó profundamente a los espíritus más preocupados por los problemas de la cultura, la educación y la actividad política. Podría hablarse de un ciclo de trabajos *de causis corruptae eloquentiae*, en el cual estarían comprendidos, entre otros, el tratado de este título, de Quintiliano, el prefacio del libro I de las *Controversias* de Séneca el padre, y aun los primeros párrafos del *Satiricón*.

A este ciclo pertenece el *Diálogo sobre los oradores*. Fue compuesto, según la opinión más comúnmente aceptada, entre los años 102 y 107. Ya Tácito había publicado sus escritos sobre la *Germania* y *Julio Agrícola*, y trabajaba en las *Historias*.

Tres temas se discuten en esta obra: se comparan la oratoria y la poesía; se coteja la oratoria antigua con la moderna; se discurre sobre las causas de la superioridad de la elocuencia antigua.

Los participantes del *Diálogo* son cuatro oradores: Materno, talento notable, que ha abandonado el foro por la poesía; Apro, sostenedor y practicante de las teorías y usos oratorios modernos; Mesala, defensor de la elocuencia antigua; y Secundo, cuya opinión, si la expuso, desapareció en el fragmento cuya pérdida afecta al *Diálogo* desde los primeros años de su descubrimiento.

La estimación de esta laguna varía, según las interpretaciones de la indicación latina *sex pagellae*, de tres páginas (=seis columnas), a doce páginas (=seis hojas). El tamaño de la pérdida puede apreciarse, considerando que las partes de la obra conservadas comprendían dieciséis hojas en el manuscrito.

Se ha discutido mucho si entre ambos discursos hubo alguna intervención de Secundo, y sobre la índole de su hipotético discurso. El problema se complica por el hecho de que Secundo no aparezca —por lo menos, no se le

menciona— cuando, terminada la conversación, los interlocutores se despiden. No se ha llegado a una conclusión cabalmente satisfactoria.

Cautiva, desde el primer instante, la pasión con que se defienden los diversos puntos de vista. Se tiene la sensación de asistir a una discusión viva. No se trata de una relación de argumentos referidos detalladamente por un testigo; se escucha el distinto acento, el estilo peculiar de cada uno de los interlocutores; se siente la vibración de cada uno de los temperamentos.

El primer tema del *Diálogo* se desarrolla entre Materno y Apro. Apro y Secundo, “entonces los ingenios más celebrados de nuestro foro”, han acudido a casa de Materno al día siguiente de que éste recitara su tragedia *Catón*; la obra ha puesto la mano en alguna llaga, ha suscitado abundantes comentarios y “ha ofendido los ánimos de los poderosos”.

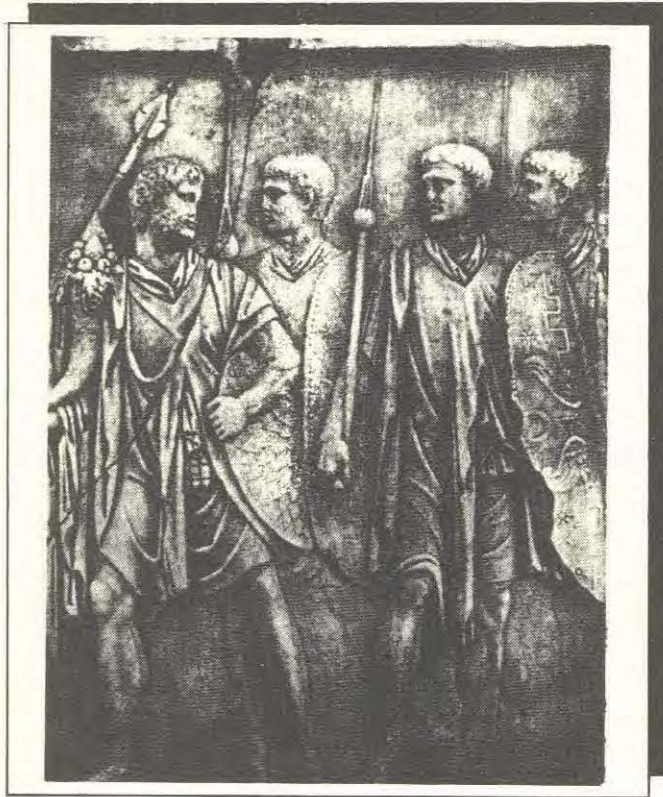
Apro echa en cara a Materno el que, “nacido para la elocuencia viril y oratoria”, haya abandonado, por la poesía, “un estudio como no puede imaginarse otro en nuestra ciudad, más fructífero para la utilidad, ni más dulce para el placer, ni más considerable para la dignidad, ni más hermoso para la fama en la urbe, ni más ilustre para el renombre en todo el imperio y aun en todas las naciones.”

Apro es un orador próspero y satisfecho; sus aficiones miran más al provecho personal y a los goces que proporcionan los placeres y el triunfo, que a preocupaciones de índole política o moral. Increpa a Materno, menosprecia la ocupación poética y hace un elogio apasionado de la oratoria.



“Porque, si todos nuestros consejos y actos deben dirigirse a la utilidad de la vida, ¿qué hay más seguro que ejercitar aquella arte, con la cual siempre armado, lleves por tu parte protección a los amigos, ayuda a los extraños, salvación a quienes peligran; y en cambio, a envidiosos y enemigos, miedo y terror, seguro tú mismo y protegido como por cierto perpetuo poder y potestad. Su fuerza y utilidad, cuando las cosas fluyen prósperamente, se reconocen por el refugio y patrocinio para otros; pero si sonó el peligro propio, ¡por Hércules! la coraza y la espada no son en el combate pertrecho más firme que, para el acusado y el que peligras, la elocuencia, presidio al mismo tiempo que dardo, con el cual podrías defender tanto como atacar, ya en el tribunal, ya en el senado, ya ante el príncipe...”

Paso a! placer de la elocuencia oratoria, cuyo encanto no se da en un cierto momento, sino en casi todos los días y en casi todas las horas. ¿Pues qué hay más dulce para un ánimo libre y noble y nacido para los placeres honestos, que ver su casa llena siempre y frecuentada por el concurso de hombres esplendísimos? ¿Y saber que eso se concede no a su dinero, no a su carencia de herederos, no a su gestión de algún cargo, sino a él mismo? ¿Y más aún, que los mismos sin herederos y ricos y poderosos acuden ordinariamente a un joven y pobre, para encomendarle o sus discrimenes o los de sus amigos? ¿Acaso algún placer de riquezas enormes o de un gran poder es tanto, como contemplar a hombres de viejas familias y ancianos, y que son apoyados por el favor de todo el orbe, en la mayor abundancia de todos los bienes, confesar que ellos no



poseen lo que es óptimo? Pero, además, ¡qué acompañamientos de togados y salidas de casa! ¡Qué espectáculo en público! ¡Qué veneración en los tribunales! ¡Qué gozo aquel de levantarse y estar de pie en medio de los que callan y están atentos a uno solo! ¡Reunirse el pueblo y formarse a su alrededor y acoger cualquier emoción de que el orador se haya revestido! Enumero los gozos ordinarios de los que hablan, patentes aun a los ojos de los inexpertos; aquellos más secretos, y conocidos sólo de los mismos que oran, son mayores. Si pronuncia una oración pulida y meditada, como del mismo discurso, igualmente hay cierto peso y constancia de gozo; si hubiere llevado, no sin alguna agitación de ánimo, un trabajo nuevo y reciente, la misma inquietud recomienda el éxito y estimula el placer. Pero el encanto de la audacia intempestiva y de la misma temeridad es, si se quiere, el mayor; porque también en el ingenio, como en el campo, aunque otras cosas por largo tiempo se siembren y cultiven, más gratas son, sin embargo, las que espontáneamente nacen...

Porque los cármes y versos, en los cuales Materno desea consumir toda su vida (de ahí, en efecto, se originó toda la oración), ni concilian dignidad alguna a sus autores ni producen utilidades; consiguen un placer breve, un elogio inane y estéril.

Aunque tus oídos, Materno, rechacen esto mismo y lo que voy a decir en seguida, ¿a quién beneficia que en tus obras Agamemón y Jasón hablen discretamente? ¿Quién, por eso, vuelve a casa defendido y obligado hacia ti? ¿Quién a nuestro Saleyo, poeta egregio, o



si esto es más honroso, preclarísimo vate, escolta o saluda o acompaña? En verdad, si un amigo suyo, si un pariente, si, en fin, él mismo en alguna dificultad hubiere dado, recurrirá a este Secundo, o a ti, Materno, no porque eres poeta ni para que hagas versos en su favor, pues éstos le nacen a Baso en casa, bellos ciertamente y deleitosos..."

Materno, sonriente y mesurado, responde a su amigo Apro. Hace una breve crítica de la profesión oratoria, censura como vanos algunos de los placeres que proporciona, y apunta con sus ataques al origen mismo y al valor moral de la "elocuencia oratoria", "lucrosa y sangrienta" y "nacida de las malas costumbres". Poco a poco crece su emoción; y "vehemente y como inspirado", canta una conmovida laudanza de su ocupación poética.

"Los bosques, en verdad, y las selvas y el mismo apartamiento que Apro censuraba, me proporcionan tan gran placer, que los cuento entre los principales frutos de los cármes, pues no en el ruido ni con un litigante sentado ante la puerta ni entre el duelo y lágrimas de los acusados se componen, sino que se aparta el ánimo a lugares puros e inocentes y disfruta de los recintos sagrados. Estos, los comienzos de la elocuencia; éste, el santuario; en este hábito y atavío, favorable a los mortales, por primera vez se infundió en aquellos pechos castos y no tocados por ningún vicio: así hablaban los oráculos. Porque la práctica de esta elocuencia lucrosa y sangrienta, es reciente y nacida de las malas



costumbres, y además, como tú decías, Apro, inventada en lugar de dardo. Por lo demás, aquel feliz y, para hablar según nuestra costumbre, áureo siglo, pobre tanto de oradores como de crímenes, abundaba de poetas y vates, que cantaran los hechos hermosos, no que defendieran las malas acciones. Y nadie tuvo gloria mayor u honor más augusto, primero ante los dioses, cuyas respuestas se decía que revelaban, y a cuyos banquetes asistían, después ante aquellos reyes engendrados por los dioses y sagrados, entre los cuales hemos escuchado que estuvo no algún causídico, sino Orfeo y Lino y, si quieres examinar más atrás, el mismo Apolo...

Porque ese Crispo y ese Marcelo, hacia cuyos ejemplos me llamas, ¿qué tienen de ambicionarse en su fortuna presente? ¿Que temen o que son temidos? ¿Que, como todos los días algo se les solicite, aquellos a quienes no lo conceden se ofenden? ¿Que, atados por la adulación, ni a los que mandan nunca parecen asaz esclavos, ni a nosotros asaz libres? ¿Cuál es esta su potencia suma? Tanto suelen poder los libertos. A mí, en verdad, "las dulces musas" como Virgilio dice, llévenme, alejado de inquietudes y cuidados y de la necesidad de hacer todos los días algo contra mi ánimo, a aquellos santuarios y aquellas fuentes, y no experimente ya más, trépido, el foro insano y azaroso y una fama palideciente. No me despierte el murmullo de los saludadores ni el liberto jadeante; ni, incierto del futuro, escriba un testamento como garantía; ni posea más de lo que pueda dejar a quien yo quiera (pues alguna vez, fatal, también mi día llegará); y sea yo erigido en el túmulo, no triste y sombrío, sino risueño y coronado, y en pro de mi memoria ni solicite nadie, ni ruegue."

La discusión sobre el segundo tema del *Diálogo* se entabla entre Apro y Mesala. Este acaba de llegar. En breve lo incorporan a la conversación; Materno y Secundo lo invitan a que exponga las causas que, a su parecer, han traído el decaimiento de la oratoria. Apro interviene para replicar que no consentirá que "sin ser escuchado y defendido", su siglo sea condenado por esa conspiración; e inicia una defensa, brillante, a veces ociosa, de la oratoria moderna: hace una revisión de toda la elocuencia romana, desde Catón hasta su propio tiempo, para demostrar "que cambian con los tiempos también las formas y los géneros del discurso", y formula sin miramientos juicios francos y descomedidos sobre las mayores figuras de la oratoria romana.

Mesala, picado por el discurso, se desvía del plan propuesto y se dispone a contradecir a Apro, quien —afirma— "contento con haber detractado en particular a los oradores antiguos, a ninguno de los siguientes osó alabar, a no ser en general y en conjunto, temiendo, creo, a muchos ofender, si a pocos hubiese entresacado... Pero —continúa— yo no temeré nombrarlos de uno en uno, para que más fácilmente, con los ejemplos propuestos, aparezca por cuáles etapas se ha debilitado y disminuido la elocuencia".

Materno lo ataja, y lo invita a que cumpla lo prometido, pues "no deseamos —dice— que se demuestre que

eran más disertos los antiguos, lo cual, en cuanto a mí, ciertamente se ha confesado, sino que inquirimos las causas..." Mesala retoma el camino; hace un análisis comparativo de la educación antigua y la moderna, tanto en el seno de la familia como en la escuela.

El descuido de la formación moral y de la disciplina familiar, y el abandono de la instrucción en las artes liberales y el derecho, sustituida malamente por la escuela del rétor, son para Mesala las principales causas del decaimiento de la oratoria.

"Porque, en otro tiempo, el hijo de cada uno, nacido de madre casta, se educaba no en la celda de una nodriza comprada, sino en el regazo y el seno de la madre, cuyo principal elogio era cuidar la casa y ser esclava de sus hijos. Se escogía, empero, alguna parienta de edad avanzada, a cuyas costumbres probadas y examinadas se confiara toda la prole de una misma familia; en su presencia, ni decir era lícito lo que parecía torpe de decirse, ni hacer lo que no parecía honesto de hacerse. Y temperaba con cierta santidad y reverencia no sólo los estudios y tareas, sino también los descansos y juegos de los niños. Así, hemos escuchado que Cornelia presidió la educación de los Gracos; así, Aurelia, la de César; así, su madre Acia, la de Augusto; y que formaron hijos príncipes. Tal disciplina y severidad tendía a que, pura e íntegra y no deformada por ninguna pravedad, la naturaleza de cada uno inmediatamente con todo el corazón abrazara las artes honestas y, ya se hubiese inclinado a los asuntos militares, ya a la ciencia del Derecho, ya al estudio de la elocuencia, sólo eso tratara, eso absorbiera completamente.

En cambio ahora, al nacer, el infante es entregado a alguna esclava grécula, a la cual se suma uno o dos de entre todos los siervos, por lo común los más viles y no apropiados para ninguna función seria. De los cuentos y errores de éstos se empapan desde luego sus ánimos tiernos y sin cultivo, y nadie en toda la casa tiene cuenta de lo que dice o hace ante el infante señor. Aún más, los mismos padres acostumbra a los párvulos no a la probidad ni a la modestia, sino a la frivolidad y a la burla, por cuyo medio poco a poco se insinúa la impudencia y el desprecio de lo propio y de lo ajeno. Pero, además, los vicios propios y peculiares de esta urbe me parece que se conciben casi en el útero de la madre: el aprecio por el teatro y la afición por los gladiadores y los caballos: con los cuales ocupado y obsesionado el ánimo, ¡cuán pequeño lugar deja para las buenas artes! ¡Cuán pocos encontrarás que hablen en casa de alguna otra cosa! ¿Qué otras pláticas de los jovencitos escuchamos, si alguna vez hemos entrado en los auditorios? Ni siquiera los preceptores tienen ningunas charlas más frecuentes con sus oyentes, pues reúnen a sus discípulos no por la severidad de su disciplina ni por la prueba de su ingenio, sino por la intriga de los saludos matinales y las añagazas de la adulación...

De esto aquellos antiguos se habían persuadido: para realizar esto entendían que era necesario, no que declamaran en las escuelas de los rétores, ni que, con fin-

gidas controversias y de ningún modo aproximadas a la verdad, ejercitaran sólo la lengua y la voz, sino que llenaran su pecho con aquellas artes en las cuales se disputa de los bienes y los males, de lo honesto y lo torpe, de lo justo y lo injusto, pues ésta es la materia que para hablar se presenta al orador...”

La intervención de Mesala está mutilada. La laguna que afecta al *Diálogo* corta su discurso cuando está hablando de los ejercicios —suasorias y controversias— que constituían el núcleo de la formación en la escuela del rétor.

El texto se continúa con la intervención de Materno, que también está mutilada, en su principio. Este discurso se refiere, como el de Mesala, a las causas del decaimiento de la oratoria. Materno ve la raíz de tal decadencia en las instituciones políticas. El florecimiento de la gran oratoria está ligado a los tiempos turbados e inquietos; éstos le dan vida; y ella, a su vez, incrementa las discordias: “¿Quién ignora que es más provechoso y mejor disfrutar de la paz que ser vejado por la guerra? Empero, más combatientes buenos producen las guerras que la paz”.

El advenimiento de un “único moderador”, que ha restaurado el orden en todas las cosas, ha apaciguado también la elocuencia. “En efecto, ¿qué necesidad hay de largos pareceres en el senado, puesto que los mejores rápidamente se ponen de acuerdo? ¿Qué, de muchos discursos ante el pueblo, puesto que sobre la república no los inexpertos y los muchos deciden, sino el más sabio y uno solo...?”

Complejo, brillante y hondo es el discurso de Materno. Se advierte un juego muy hábil en que se superponen los planos ideal y real del régimen del principado.

“La gran elocuencia, como la llama, con materia se alimenta y con los movimientos se excita y quemando alumbrá. La misma razón también en nuestra ciudad impulsó la elocuencia de los antiguos. Porque, aun cuando también los oradores de estos tiempos han alcanzado aquellas cosas que en una república ordenada, tranquila y feliz era lícito concedérseles, sin embargo, en aquella perturbación y licencia mayores beneficios parecía que alcanzaban para sí, cuando, mientras todo estaba revuelto y se carecía de un único moderador, tanto sabía cada orador, cuanto podía persuadirse al pueblo errante. De aquí las continuas leyes y el renombre popular; de aquí las arengas de los magistrados que casi pernoctaban en la tribuna rostral; de aquí las acusaciones a reos poderosos y las enemistades legadas aun a las familias; de aquí las facciones de los próceres y las continuas luchas del senado contra la plebe. Cada una de estas cosas, si bien desgarraban la república, sin embargo estimulaban la elocuencia de aquellos tiempos y parecían colmarla de grandes premios, porque, cuanto cada uno podía más hablando, tanto más favor conseguía ante los príncipes, más autoridad ante los senadores, más notoriedad y renombre ante la plebe...”

De esta suerte, a las mayores recompensas de la elocuencia se añadía también una gran necesidad; y del

mismo modo que ser tenido por disertó se tenía como bello y glorioso, así por lo contrario, parecer mudo y sin lengua se tenía como deshonoroso.”

Materno termina su discurso con una reflexión amarga, no exenta de ironía. El principado ha traído la paz, pero no ha restablecido el reinado de la virtud. Sin embargo, mientras más amplio sea el reinado de la virtud, menor será el de la oratoria, “pues si se encontrara alguna ciudad en que nadie delinquiera, inútil sería entre inocentes el orador, así como entre sanos el médico”.

Apunta Mesala sus reservas respecto a la opinión de Materno, y dejan para otro día la continuación del diálogo. Se despiden con amigables bromas.

El *Diálogo sobre los oradores* es una reflexión concienzuda sobre el valor intrínseco de la oratoria; sobre la vigencia del ideal educativo del humanismo romano, tal como fue recogido y modelado por Cicerón, y tal como lo propugnaba Quintiliano; y en fin, sobre el papel de la oratoria en el orden establecido por el régimen del principado.

Los diversos puntos de vista son expuestos con habilidad y convicción. Algunos son inconciliables; en estos casos se puede conocer hacia dónde se inclina la opinión del autor, aunque se deja sentir también que no asiste a una sola parte toda la razón, y se percibe la consistencia del parecer contrario. Queda establecido, de este modo, así sea en forma provisional, que la poesía es superior a la oratoria, y que la oratoria antigua es más valiosa que la moderna.

En cuanto al tema primordial, último que se discute, causas del decaimiento de la oratoria, no existe controversia y parece no haber existido. (El fragmento perdido afecta precisamente esta parte del *Diálogo*). La exposición de Mesala se refiere a causas de índole moral y educativa. Materno no impugna esta opinión, pero considera definitivas las razones de índole política: la república antigua y sus instituciones democráticas produjeron la gran elocuencia; el poder de la palabra fue entonces superior a las armas. En cambio, en el nuevo régimen, el príncipe ha reunido todo el poder en sus manos. Antes, el orador dirigía, o debió dirigir, los destinos de la república; el príncipe es ahora el *rector* o *tutor rei publicae*. En fin, el orador dejó escapar su oportunidad y, por el contrario, llevó al naufragio la nave del estado; el príncipe ha restablecido la paz, la seguridad y una libertad verdadera. Perdida, pues, su función primordial, el orador debe contentarse con un honor restringido y una gloria más oscura.

Materno, orador talentoso, capaz de “expungar la ciudadela misma de la elocuencia”, abandona la oratoria por la poesía; Tácito, tal vez el orador más prestigioso de su tiempo, decide alejarse de la oratoria y emprende su tarea histórica. El *Diálogo sobre los oradores* —si Tácito es el autor (y lo que he dicho descansa en este supuesto)— recoge las reflexiones y la decisión de este momento crítico y marca este cambio de rumbo.